

José Antonio Rodríguez Garrido, *La “Carta Atenagórica” de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 192 pp.

María Dolores Bravo Arriaga
Universidad Nacional Autónoma de México

**Emisores y destinatarios en dos tiempos: finezas y enigmas
en el libro de José Antonio Rodríguez Garrido**

La “Carta Atenagórica” de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica, el más reciente volumen que publica la prestigiada serie “Estudios de Cultura Literaria Novohispana”, reúne algunas cualidades no muy comunes dentro del contexto crítico acerca de la literatura virreinal. Su investigación es indudablemente afortunada. Otorgo a esta palabra dos significados: uno, la fortuna de que gozó nuestro estudioso al descubrir dos manuscritos hasta ahora inéditos; y otro, el alto nivel crítico demostrado en el estudio de los documentos. Lo anterior es un verdadero aliciente para aquellos que investigamos fuentes originales y que pensamos que las secundarias no pueden, de ninguna manera, sustituir a las primarias como creen algunos de nuestros más eminentes eruditos. Otro acierto es la “fineza” (palabra que, como él bien asienta, fue tan usada en el siglo XVII) con la que se dirige a otros críticos que han proclamado diversas teorías sobre la controversia que suscitó la publicación de la *Carta Atenagórica* de Sor Juana en 1690. Por ende, José Antonio “desface entuertos” acerca de la autoría de escritos que despertaron candentes controversias en la época de Sor Juana y que en la nuestra han sido motivo de enconadas polémicas. Su libro es, asimismo, una muestra minuciosa de la honestidad y la validez de proponer hipó-

tesis y de tratar de demostrarlas con los documentos mismos que arroja la investigación y, a partir de este postulado, evidenciar la importancia que los manuscritos por él felizmente hallados en la Biblioteca Nacional del Perú, en 2002, tienen dentro del ámbito de los dos más importantes virreinos españoles. Por si esto fuera poco, su investigación posee la gran cualidad de ser una pesquisa casi detectivesca que se plantea un estricto orden secuencial, con la lógica de una exposición que se somete a pruebas que se cuestionan, se continúan como tales o se descartan para dar pie a nuevas posibilidades argumentativas. Todo lo anterior pone de relieve la significativa importancia del libro de Rodríguez Garrido en ambas vertientes: en la de la investigación en acervos virreinales, y en el cauto estudio que desarrolla alrededor de la intencionada crítica que Sor Juana hace del sermón de Vieira. Dignas de tomar en cuenta son las siguientes palabras de su presentación: “Sin embargo, el traer a debate nuevos materiales, abre también la necesidad de posteriores indagaciones y hallazgos, y plantea interrogantes que no quedarán resueltas en estas páginas” (p. 11).

La riqueza de los repositorios virreinales americanos corrió pareja con la incuria y el riesgo que tuvieron todavía hace relativamente poco tiempo ante los saqueos o la destrucción del fuego y, por ende, del agua. Esta aciaga suerte tuvieron los textos descubiertos por Rodríguez Garrido, por lo que la labor de restaurar los documentos y de ordenarlos conforme a su numeración progresiva resultó verdaderamente compleja y laboriosa. Después de este trabajo minucioso, el investigador asienta con seguridad que ambos manuscritos son del mismo copista.

Una aseveración irrefutable que despierta gran interés en el lector es la puntual consignación cronológica de los documentos en torno a la *Atenagórica*. La polémica que despertó la impugnación que Sor Juana hizo al Sermón del Mandato de Vieira fue asombrosa y nos habla de la controversia que la atípica y portentosa personalidad intelectual de la monja despertó entre sus contemporáneos. Al respecto, el investigador enfatiza: “En el lapso de unos cuarenta días se predica un sermón y se escriben y se difunden por la Ciudad de México al menos ocho obras... que ex-

presan su crítica o su defensa a la obra de Sor Juana. Quizás ningún otro texto de las letras coloniales hispanoamericanas despertó una polémica semejante, más aún si se tiene en cuenta que este recuento sólo se refiere al período que podríamos considerar más intenso, es decir, el que sigue a la publicación de la obra por el obispo de Puebla y antecede a la *Respuesta a Sor Filotea* de Sor Juana” (p. 40).

Entre las obras escritas en torno a la *Crisis de un Sermón*, se encuentran los dos manuscritos descubiertos en Lima. La *Defensa al Sermón del Mandato del padre Antonio Vieira* ostenta una inequívoca autoría. Pertenece al escribano Pedro Muñoz de Castro, quien posteriormente se ordenará como presbítero. De él se conservan varios escritos en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Muñoz de Castro conoció y admiró profundamente a la portentosa jerónima, por lo que su apología a Vieira se debate entre la obligación de defender al célebre predicador lusitano y el cuidado de no agredir a la “Minerva sabia” a quien profesa una sincera y reverente admiración.

Es más, su obra trasluce una apología tanto de Vieira como de Sor Juana. Ante aquellos que la acusan de no cumplir con la humilde observancia de una monja, Muñoz de Castro responde: “...no menos que de las obras de su entendimiento, me he admirado de las de sus curiosas manos” (p. 132). A la habilidad que como contadora posee la madre Juana se debe también, asegura Muñoz de Castro, la abundancia material de que goza el convento de San Jerónimo. En cuanto a la disputa teológica entre Sor Juana y Vieira, Muñoz de Castro compone una argumentación que se resuelve, a decir de Rodríguez Garrido, en un “texto bifronte que unía a la defensa de Vieira el homenaje a Sor Juana” (p. 37). En el romance-dedicatoria, incita a la jerónima a escribir su auto refutación en verso, en la cual ella es maestra indiscutible: “Tome la pluma y escriba / retratando su sentencia / en verso contra la prosa / a pesar de Filotea” (p. 129). Con esta elegante estrategia literaria, el pretendido antagonista de la monja la elogia sin embozo y con entusiasmo, llamándola “nuestra compatriota, singular el cariño de la República, imán de los coraçones, hechiso y em[b]eleso admirable de los mexores entendimientos” (p. 132).

Más sustancioso, revelador y controvertido resulta el segundo manuscrito encontrado por el investigador peruano: *Discurso apologético en respuesta a la Fe de erratas que sacó un Soldado sobre la Carta Atenagórica*. A partir de su minucioso estudio, Rodríguez Garrido demuestra que es insostenible la propuesta de Elías Trabulse que identificaba al anónimo autor de la *Carta de Serafina de Cristo* con Sor Juana. En primer término, el *Discurso apologético* ofrece la lectura que un contemporáneo de la jerónima hace de la *Carta de Serafina*, que resulta ser: “uno entre otros textos a favor de Sor Juana; pero definitivamente ni él ni nadie en su tiempo (a juzgar por la falta de indicios) cree que la hubiera escrito la propia Sor Juana” (p. 47). El juego de simulación de identidades en los contendientes en la polémica se inicia con el encubrimiento del mismo obispo de Puebla travestido en Sor Filotea de la Cruz.

De gran interés es, asimismo, la reconstrucción que Rodríguez Garrido hace de la *Fe de erratas del Soldado* que impugna agresivamente la *Carta Atenagórica* de Sor Juana. En cuanto a la posible identidad del autor de esta obra, su conclusión es más que convincente: no es el padre Núñez de Miranda.

Es indudable también que la intrincada polémica que involucró a los contemporáneos de Sor Juana se presenta “como un entramado de distintas voces reunidas en la superficie de un mismo texto” (p.72).

Una pregunta obligada que surge de esta apasionada contienda literaria es ¿quién fue en realidad el autor del *Discurso apologético*? En una inteligente sucesión de argumentaciones, Rodríguez Garrido postula que puede ser el predicador Francisco Xavier Palavicino. Entre su sermón de la *Fineza Mayor* y el *Discurso apologético* existen coincidencias palpables: la rotunda negativa del clérigo valenciano de ser el Soldado; la incorporación de argumentos teológicos similares en su sermón y en el *Discurso apologético*. “También pueden hallarse coincidencias notables en la postura intelectual de los dos autores. Ambos se muestran partidarios de que es legítimo que las mujeres no sólo estudien sino incluso que enseñen” (p. 82). No obstante, el investigador también patentiza una objeción de peso: la estrategia retórica seguida en ambos textos. El *Discurso* es “un texto

apologético, es decir, una pieza que se sitúa en los modos retóricos de la defensa y el ataque” (p. 84), mientras que el sermón de Palavicino sigue fundamentalmente el modelo del discurso deliberativo: “plantear una dificultad a la que el orador dará solución mediante el soporte de sus demostraciones” (*id.*).

Es bien conocida la seducción que la personalidad de Sor Juana ejerció sobre sus contemporáneos y que esparció su fama a lo largo y a lo ancho del ámbito hispánico. Varios estudiosos se han acercado a la recepción que su obra tuvo en Bogotá y en Lima. Es sobre todo en la capital peruana en donde surgen corresponsales y admiradores de la jerónima. Uno de los más connotados es sin duda el célebre Luis Antonio de Oviedo, conde de la Granja, quien va a ser una especie de “bisagra engazadora” como dice la poeta en el *Primero Sueño*, no sólo entre los círculos literarios de los dos grandes virreinos, sino entre la escritora y un personaje crucial, el sobrino del conde y biógrafo de Núñez de Miranda, el prolífico escritor jesuita Juan Antonio de Oviedo. Es bien sabida la defensa que éste hace del confesor de Sor Juana para exonerarlo de la rigidez e intolerancia de que se acusó a Núñez respecto a la jerónima. También es evidente la admiración que Oviedo le patentiza por su genio literario. No hay que olvidar que este jesuita fue un profundo estudioso de la literatura clásica y que compuso poemas en latín. Es por ello que el crítico no descarta que se hayan conocido y “que Núñez podría haber sido el mediador entre la monja jerónima y el joven jesuita” (p. 102). En esta parte de su estudio, el investigador incita al lector a “considerar un nuevo y revelador indicio del vínculo entre Sor Juana y Oviedo” (p. 106). Para establecerlo hace una minuciosa y aguda lectura de la prolija biografía que del jesuita publica su correligionario Francisco Xavier Lazcano en 1760; es José Antonio el que primero se acerca a esta fuente primaria directa, indispensable para establecer la relación literaria entre el biógrafo de Núñez y la “Fénix de México”. Con base en Lazcano, Rodríguez Garrido se inclina por la autoría de Oviedo en las composiciones de la *Fama Póstuma*, asunto que ya había sido debatido por varios críticos.

Después de plantear esta relación vital y textual entre Núñez de Miranda, los dos Oviedo, el Conde de la Granja, su sobrino, el

jesuita Juan Antonio, cultivador experto del género hagiográfico (su biografía de Núñez es la más famosa pero escribió muchas más que afortunadamente aún se conservan), y Sor Juana, el investigador formula otra interesante hipótesis de cómo llegó el manuscrito mexicano a Lima: "... fue enviado desde México por su sobrino, Juan Antonio de Oviedo, quien a su vez fue el mediador que llevó a la monja jerónima el hiperbólico romance escrito por su tío" (p. 113). Las propuestas del crítico se detienen en argumentos viables como la "certeza que el Conde había leído la *Crisis de un sermón*" (*id.*); el acceso que éste tuvo a una copia manuscrita de la *Carta de Sor Filotea*; en el manuscrito conservado "se puede reconocer cierta coherencia en la selección de los dos textos que se enviaron a Lima: uno procedente de los defensores de Vieira y otro de los defensores de Sor Juana, pero ambos de los menos burlescos y de los de carácter más argumentativo" (p. 114). La propuesta es que "La selección refleja a alguien más interesado por el debate de ideas que por el puro intercambio de pullas e ironías, alguien próximo a ese universo intelectual. El joven Juan Antonio de Oviedo corresponde bien a ese perfil" (p. 115).

A manera de conclusión quiero retomar las palabras de Rodríguez Garrido referentes a que en la investigación –abierta y sorpresiva siempre– existe la posibilidad de nuevos hallazgos y de importantes estudios críticos que como los de él recuerdan los versos que Sor Juana pone en boca de Colón en la Loa para San Hermenegildo: "¡Oh Hércules! De tus Columnas / borra el rótulo soberbio / del *Non Plus ultra*,...! / ¡que hay más Mundos, que hay *Plus ultra*, / ...! / *Plus ultra*! ¡más mundos hay, / y ya venimos de verlos!" (vv. 261-263, 273, 279-280).